

El Fascismo Gonzalo Fernández de la Mora

Ramiro Ledesma Ramos, castellano de 1905, es uno de los españoles más interesantes de su tiempo. Al filo de los veinte años escribe narraciones, como su novela «El sello de la muerte» (1924). En la Facultad de Filosofía de la Universidad de Madrid se despierta su vocación científica: estudia preferentemente Metafísica y Matemáticas. En el volumen póstumo «Escritos filosóficos» (1941), se recopilan dieciséis trabajos publicados entre 1928 y 1931; el primero de ellos sobre H. Driesch, en relación con la teoría de la relatividad. A finales de 1930 deriva hacia la acción. Pronto funda «La conquista del Estado», y unos meses después, en noviembre de 1931, constituye las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista, cuya revista teórica, «Jons», aparece en la primavera de 1933. La unificación con Falange data de febrero de 1934: Ledesma es uno de los triunviros. La escisión se hace pública en enero de 1935. Inmediatamente lanza su libro «¿Fascismo en España? y a los pocos meses «Discurso a las juventudes de España» (1935). Murió asesinado en noviembre de 1936 (2), al parecer el mismo día que era sacrificado uno de los escritores españoles más importantes del siglo, Ramiro de Maeztu. Ledesma contaba sólo treinta y un años. Saldo cuantioso para tan corto ejercicio. Ahora, precedidos de un inteligente estudio preliminar de S. Montero Díaz, aparecido en 1941, se reimprimen por primera y por quinta vez, dentro de un mismo volumen, sus dos obras fundamentales. Analicémoslas separadamente.

«Fascismo en España?», dado a las prensas en 1935, bajo el pseudónimo «Roberto Lanzas», es una historia política del jonsismo desde sus orígenes hasta su disolución. Hay, además, un breve capítulo inicial sobre el concepto de fascismo. Ledesma lo define como un movimiento con las siguientes características: «Idea nacional profunda. Oposición a las instituciones demoburguesas y al Estado liberal parlamentario. Desenmascaramiento de los verdaderos poderes feudales de la actual sociedad. Incompatibilidad con el marxismo. Economía nacional y economía del pueblo frente al gran capitalismo financiero y monopolista. Sentido de la autoridad, de la disciplina y de la violencia.» Ledesma niega el mimetismo extranjero: aunque reconoce que el fascismo es una actitud mundial, el español «no depende de un modo directo del fascismo italiano». Considera que el fracaso «vertical» y «vertiginoso» de la República ha preparado el camino para «la revolución nacional». Pero esta revolución carece todavía de asistencia popular. A juicio de Ledesma, en 1935 «no hay fascismo»; hay «fascitizados», a saber, el Bloque Nacional de Calvo Sotelo, la C.E.D.A. de Gil Robles, la Falange de Primo de Rivera y un sector del Ejército. Tales fuerzas, con «una acción militar convergente» tienen «muchas posibilidades». Después de este exordio, Ledesma narra la mal conocida e interesante historia de su partido, entre cuyos fundadores destaca E. Giménez Caballero. Describe con especial detenimiento la ardorosa campaña contra el separatismo vasco y catalán, los contactos con las masas proletarias, las luchas callejeras, en las que tantos cayeron, la persecución policiaca y las relaciones con Falange. Este es el punto decisivo. Todo empieza con unas conversaciones en San Sebastián, en las que participan Ledesma, Primo de Rivera, Ruiz de Alda, Valdecasas y Areilza. Corre el mes de agosto de 1933. La gran preocupación jonsista es «evitar que se adscriba su acción a una política de derechas o de izquierdas». En este objetivo y en el talante juvenil coincide con lo que a partir de octubre de 1933 será Falange Española. El 12 de febrero de 1934 se realiza la unificación, sobre la base de un triunvirato. La nota oficial insiste «en mantener una personalidad que no se preste a confusión alguno con los grupos de derechas». Pero pronto aparecen los motivos de discordia. Ledesma cree que «se debilita la propaganda» y que el nuevo movimiento se ve sumido en la «inacción y en la impotencia». Critica «la actuación desafortunada en el Parlamento de José Antonio Primo de Rivera». Entiende que el partido «no lucha ni combate» y tiende a convertirse en «una secta minoritaria». No le gusta el carácter «académico» de las publicaciones. Su gran discrepancia está contenida en la siguiente declaración: «afirmo sin vacilar que en las primeras semanas de noviembre de 1934 estaba dentro de las posibilidades de la

organización el haber promovido eficazmente una acción armada» Hace recaer la responsabilidad sobre José Antonio Primo de Rivera, a quien caracteriza: «culto por lo racional y abstracto, afición a los estilos escépticos y suaves..., afán de renuncia a cuanto suponga apelación emocional o impulso exclusivo de la voluntad». Lo que más irrita a Ledesma es la tolerancia con el Gobierno de coalición en que participa la C.E.D.A. A pesar de estas diferencias se mantiene la unificación, y Ramiro redacta el proyecto de 27 puntos que Primo de Rivera retoca «en el triple sentido de mejorar la forma, hacer más abstractas las expresiones y de dulcificar, desradicalizar, algunos puntos». La última reunión conjunta se celebró a finales de 1934. Producida la escisión, Ledesma anota que Primo de Rivera insiste «con más vigor que nunca, en las consignas propias del jonsismo, haciéndose intérprete de ellas y su mejor propagador».

El «Discurso a las juventudes de España», la obra más importante de Ledesma Ramos, contiene los elementos siguientes: 1) Interpretación de la Historia de España. El nuestro es un país que «lleva doscientos o más años ensayando el mejor modo de morir». No es una decadencia, sino un vencimiento: «En la historia de España, desde el siglo XVII acá, no hay nada raro ni difícil de entender: España fue derrotada, vencida por imperios rivales.» En el siglo XIX las luchas «no son propiamente políticas, sino luchas religiosas». La Restauración adolece de «escepticismo radical». Reconoce en la Dictadura de Miguel Primo de Rivera «un auge económico verdadero». La Segunda República tiene un único aspecto positivo, el de permitir que la oposición «saliese de su tradicional y roedora actitud crítica para descubrir y exhibir desde el Poder sus portentos». Es el final de un proceso histórico. ¿Quiere esto decir que España es una nación incapacitada y mediocre? No. Según Ledesma, «no hay en nosotros limitación, ni tope, ni cadenas de ningún género que nos impidan incrustar de nuevo a España en la Historia». ¿Constituye todo nuestro pasado una «equivocación» como apuntaban los intelectuales que Ledesma calificaba de «discrepantes»? He aquí la respuesta de Ledesma: «España tiene en su pasado no sólo jornadas triunfales y éxitos magníficos, sino también catástrofes considerables y desplomes históricos ruidosos. El mismo peligro encierra pasarse la vida celebrando los primeros que lamentando los segundos. La historia de la patria es para nosotros problema sencillo: nos hacemos responsables de ella y la aceptamos en toda su integridad.» 2) Un programa. Estas son las consignas principales: hay que «ser soldados..., o militarizarse o perecer»; frente a las «erupciones autonomistas», «la afirmación de la unidad está a la cabeza de las reivindicaciones revolucionarias»; restauración de una «moral nacional» que «ni equivale a la moral religiosa, ni es contraria a ella»; «liberación de la economía española del yugo extranjero», «desarticulación del actual sistema económico» y «traspaso al Estado de la responsabilidad y la tarea histórica de ser él mismo quien, sustituyendo al capital privado o valiéndose de éste como auxiliar a su servicio, incrementa la industrialización»; organización de un «ejército poderoso» de carácter «defensivo»; alianza «con toda cautela» con Alemania, recuperación de Gibraltar y unificación de la Península, expansión norteafricana y aproximación al «gran bloque hispano de nuestra América» («Francia, a dúo con Inglaterra..., son los causantes de la postergación secular española»). 3) Una táctica. El método es «la acción directa» de «una minoría rectora» y, cuando sea preciso, «la violencia». Por eso las juventudes son el sujeto ideal de la revolución proyectada. Pero Ledesma utiliza el término «joven» no cronológica, sino espiritualmente, puesto que llega hasta los cincuenta años. La juventud es una fe, no «crisis moral, ni corrupción, ni aventurerismo». 4) Crítica del Estado demoliberal. Lo que Ledesma llama el Estado demoburgués es «un mal gestor y un administrador deficiente», «ineficaz y absurdo»; propugna liberarse «de todo mito parlamentarista, de todo respeto a lo que no merece respeto, de toda prosternación ante ídolos vacíos y falsos»; ridiculiza a los «llorones de la democracia» y a sus dirigentes, «elementos escépticos de tira y afloja... leguleyos burócratas, renunciadores y lisiados mentales de profesión». No cree en la virtud de la mitad más uno: «fuera de la órbita demoliberal, el vocablo mayorías, como término o concepto político, carece absolutamente de sentido». 5) Crítica del marxismo. Le acusa de «exclusividad clasista», puesto que sólo se apoya en el proletariado, de «linaje antimilitarista y antiheroico» y de «desconocimiento de lo nacional». Y 6) Descripción de la coyuntura

política europea. Reconoce el carácter «positivo» de la revolución bolchevique, aunque la califica de típicamente rusa; es un síntoma de la «evidente descomposición de las formas culturales, políticas y económicas del liberalismo burgués». En el fascismo italiano denuncia unos factores que disminuyen su potencia ascensional: los intereses burgueses. Pero, en conjunto, el juicio es positivo. La situación alemana la caracteriza como un «racismo socialista».

«¿Fascismo en España?» es una justificación personal: por un lado el balance de una acción política, y por otro la explicación de un fracaso. Porque la escisión entre Ledesma y José Antonio apenas debilitó a la Falange, y fue, en cambio, mortal para el jonsismo. Entre ambos jefes había algo más que dos ambiciones contrapuestas. Había una diversidad de temperamento. Ledesma Ramos era más revolucionario: más tajante, más impulsivo, más rudo, más audaz, en una palabra, maximalista. Las respetuosas, pero incisivas y no siempre justas críticas de Ledesma a José Antonio Primo de Rivera ponen de manifiesto esa disparidad. El fundador de Falange era más clásico, más mesurado, más esteticista, más razonador. Con un dejo de amargura, en las páginas finales de su libro Ledesma reconoce que José Antonio le ha arrebatado las banderas. Esto no fue sólo una habilidad táctica de Primo de Rivera, fue también la consecuencia del error de Ledesma, de su incapacidad para hacer viable un triunvirato. Hoy no hay duda de que una parte muy considerable del mordiente doctrinal del falangismo procede de Ledesma, sobre todo el antiliberalismo, la apelación a las masas trabajadoras, y la economía dirigida. La superación falangista del dilema entre las derechas y las izquierdas era también vertebral en el jonsismo.

El «Discurso a las Juventudes de España» es un documento político capital. A pesar de los años transcurridos conserva una insólita frescura intelectual y estilística. Prosa acerada, lúcida, y de una potente simplicidad no exenta de belleza. Construcción coherente, ordenada y lógica. No hay nada hueco. Es dura; pero alejada del impropio. Aunque parezca paradójico, tiene una especie de ruda elegancia. Es una belicosidad caballerosa y abierta. El pensamiento rotundo siempre. No hay lugar para la duda. Al fondo de la argumentación brilla un optimismo tan seguro como tenue. Y aunque todo está encaminado a la acción, no es un discurso vehemente, sino dialéctico, muy apoyado en razones. Y si hay un apasionamiento, éste es soterrado, frío.

Las tesis del «Discurso» eran en 1935 de una novedad percutiente. Cuando nuestros intelectuales, con Ortega a la cabeza, insistían en la interpretación decadentista, y muchos de ellos abjuraban de nuestra Historia, Ledesma propugnaba la aceptación integral del pasado. Cuando la discusión política volvía a los decimonónicos cauces ideológicos y a la contraposición de tópicos abstractos, Ledesma rehuye la cuestión religiosa y centra su programa en los problemas económicos. Cuando el socialismo peninsular era víctima de la radicalización anarquista, que ha sido su crónica enfermedad nacional, Ledesma acepta la tesis centroeuropea del capitalismo de Estado. Y cuando los antimarxistas de España y de fuera de ella levantaban la bandera de las instituciones liberales como presunta salvaguarda del hombre, Ledesma denuncia todo lo que el Estado demoburgués tenía de inservible y de caduco. Cuando el antimilitarismo era moneda corriente, reivindica el entendimiento de la vida como milicia. Cuando los separatismos han puesto en crisis la idea de la patria, propugna la unidad y la creación de una moral nacional. En política exterior señala los renovadores caminos por los que ha discurrido nuestro país hasta la descolonización. Y es clarividente al valorar el carácter nacionalista de la revolución bolchevique, su imperialismo amenazador y sus formidables posibilidades. A mi juicio, Ledesma tenía razón en lo sustancial. Incluso sus previsiones históricas se sostienen. Aunque el triunfo de los anglosajones en la segunda gran guerra pareció restaurar las instituciones demoliberales, lo cierto es que su vigencia ha quedado reducida a una zona geográfica muy limitada. El «Estado nuevo», es decir, autoritario, nacional, gestor, ¿no es el que esta prevaleciendo en casi todas las latitudes? ¿No evolucionan los demoliberalismos —Francia es un ejemplo— en este sentido? El «Discurso a las juventudes de España» es uno de los textos políticos más importantes de nuestra edad contemporánea, y acaso el de mayor modernidad relativa que ha llegado hasta nosotros.

Notas:

- (1) LEDESMA RAMOS, R.: ¿Fascismo en España?, Ed. Ariel, Barcelona, 1968, 938 págs.
- (2) Ramiro Ledesma murió en el mes de octubre de 1936. (Nota de «NR»)

[Capítulo sacado del libro «Pensamiento español, 1968. De Amor Ruibal a Zaragüeta.», Rialp, Madrid, 1969, 451 p. (p. 215 – 223)]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 20